

UN RECUERDO DE GUERRA JUNQUEIRO

El poeta republicano

La muerte del que fué mi querido amigo Guerra Junqueiro, el gran poeta ibérico, a la vez que me ha despertado el recuerdo y la pena de otra muerte de otro amigo, otro gran poeta ibérico, Maragall, me ha traído a flor de memoria el copioso ramillete de dichos, agudezas y profecías que le oí en nuestras conversaciones. Espero recogerlas y comentarlas; mas, entretanto, quiero aquí contar aquello de que fui testigo en uno de los días de mayor momento histórico de Portugal, cuando fué suicidado por Buíça el rey D. Carlos.



Pocos días antes de este incidente trágico habían llegado a esta ciudad de Salamanca, presintiendo tormenta en su patria, Guerra Junqueiro, Alpoim, el político, y otros portugueses. Yo me comunicaba a diario con esos dos.

Alpoim había sido ministro de Justicia con D. Carlos —si es que en el reinado de éste hubo justicia—, y ocupaba en la política portuguesa una posición análoga a la que en la nuestra ocupó Canalejas o a la que hoy ocupa Melquiades Álvarez. Era una especie de reformista, con un pie en la República y otro en la Monarquía. Por entonces conspiraba contra Juan Franco, por cuya vida temía. Y se vino a España a marchas forzosas de auto, huyendo de la dictadura de Juan Franco, de quien me profetizó que nunca volvería vivo a Portugal, donde vive hoy.

Nos encontrábamos juntos en la monumental plaza Mayor de esta ciudad de Salamanca Alpoim y yo, cuando nos dieron la noticia de la muerte de su rey. No pareció sorprenderle, ni le alteró, aunque él la que esperaba era la de Juan Franco, y por razón de Estado. A poco cruzamos con otro portugués, y Alpoim le dijo: "Olha, ja morren o conalha!". ¡Y era su ex ministro! Me quedé helado.

Fuimos al hotel del Comercio, donde en el salón de recibo nos esperaba Guerra Junqueiro. Comentamos el caso. El poeta y yo estábamos sentados; el corpulento político

se paseaba con el aire de un elefante preocupado. Guerra Junqueiro, el autor de "Patria", su mejor poema acaso, ese formidable libro profético y apocalíptico y que en otros respectos es algo así como "Les Châtiments", de Victor Hugo —aunque muy superior— nos decía: "Si hubiese dependido la muerte del rey de que yo moviera a solas en mi cuarto este dedo meñique, no lo habría movido; ni por la muerte del rey, ni por la de un Caín, ni por la de un Judas; pero le han matado, ¡bien muerto está!". Alpoim y yo callábamos. Guerra, tomándonos, según su costumbre, de auditorio, recitaba su evangelio tolstoyano.

De pronto se detuvo Alpoim, y dijo: "Voy a poner un telegrama de pésame y condolencia a la reina." Los ojos del poeta, ojos de presa, chispearon. Y dijo: "No lo haga, no puede hacerlo, no debe hacerlo... ni aunque de veras sienta la muerte del que fué su rey y su amo. ¡No lo haga!" Alpoim pareció vacilar; pero murmurando algo —en portugués, ¡claro!, como toda la conversación—, que equivalía a nuestro "no quita lo cortés a lo valiente", se salió a poner el telegrama. Y al salir Alpoim, el político, Guerra, el poeta, señalándomelo con el dedo, dijo, más bien silbó: "¡Lo ve? ¡Político... bandolero!" Y luego añadió: "En cuanto vuelva a Lisboa lo primero que hace es ir a ver a la reina." Y así fué; sólo que la recepción cuentan que fué la que se merecía.

Quando volvió a reunírse nos Alpoim, se habló del difunto, y Guerra le pidió que me contara cierta escena que siendo aquél ministro de Justicia tuvo con la reina doña Amelia, dolido de cierto soneto satírico e indecente que contra ella circuló por Palacio, soneto que resultó ser del rey, que decía de su esputo reinado: "O soneto nao e muha obra d'arte, mais é agraçado". Así, al menos, nos lo contó aquel ex ministro del rey D. Carlos, aquel político, un bandolero como tal, según el poeta.

Este, el poeta, el que más contribuyó a matar la realéza, el profeta vengador, no quiso nunca ocupar cargos propiamente políticos. Aunque vivía en la tormenta, en el oleaje agitado, en la historia, sabía hundirse como en submarino en las profundidades de la calma del océano, y elevarse, como en aeroplano por sobre las nubes de tempestad. Y es que fué un poeta republicano, y no un republicano poeta. Ha sido ante todo y sobre todo, poeta, y el resto... además. Poeta es lo que no se puede ser además. Y en la obra revolucionaria portuguesa la parte del poeta será más duradera que la de todos los políticos.

MIGUEL DE UNAMUNO

